



Otro, semejante-enemigo

COLETTE SOLER¹

Freud tenía una mala opinión de los humanos: los calificaba de lobos. Subrayaba que estaban siempre listos para molestar, explotar, usar, matar. Y lo ha dicho explícitamente, e incluso se indignaba con el precepto cristiano de «Ama a tu prójimo como a ti mismo». Se indignaba porque decía que él no merecía este amor. Entonces, con todo eso, finalmente, él denunciaba un rasgo que podríamos decir de «egoísmo» irreductible y violento. Sin embargo, todo eso, el egoísmo, todo lo que Freud indica no hace del otro un enemigo. No del todo. Al contrario, porque hace del otro algo que se puede usar, utilizar. Finalmente, me decía que en su obra lo que se encuentra en cuestión es la pregunta de lo qué es un humano para otro humano. Esta es una pregunta de siglos. Pero el psicoanálisis en sí mismo cambia algo la pregunta, puesto que el psicoanálisis subvierte la definición de *humano* con su descubrimiento del inconsciente, el inconsciente inventado por Freud y que Lacan reformuló en términos de inconsciente lenguaje, puesto que el inconsciente freudiano se descifra y, además, tiene efecto sobre los hablantes. Y Freud no hablaba de semejante. Digo *humano* para no decir semejante y no concluir sobre lo que es el otro humano demasiado rápido. Fue Lacan quien introdujo de manera explícita en el psicoanálisis –no en la lengua, en el psicoanálisis– la noción de *semejante* con su *estadio del espejo*: Con el estadio del espejo apuntaba a repensar

1 Doctora en Psicología, formada por Jacques Lacan. Fue miembro de la École Freudienne de Paris, disuelta por Jacques Lacan en 1980. Miembro fundadora de la École de Psychanalyse du Forum du Champ Lacanien.

de otra manera lo que Freud incluyó en 1914² en su texto para introducir al narcisismo. Es cierto que Lacan ha subrayado mucho la dimensión de *agresividad* inevitable en la relación con el semejante. Sin embargo, por una parte, esta dimensión de agresividad es solo un componente, una parte de la relación con el semejante, y, por otra parte, la agresividad no basta para construir un enemigo. Para hacer de un semejante un enemigo, se necesita mucho más que la dimensión del semejante.

Puedo decir que, de manera más general, la relación con el semejante no agota del todo las relaciones entre los humanos. La relación con el semejante no permite dar cuenta de ninguno de los grandes afectos, de las pasiones que dirigen a la humanidad: diría amor, odio y, sobre todo, voluntad de poder. Ninguno de ellos se puede explicar solo desde la relación con el semejante. Todos suponen lo que Lacan ha puesto entre los semejantes –y, puedo decir, ha interpuesto entre los semejantes–, y que él mismo ha llamado el Otro, escribiéndolo con mayúscula. No el pequeño *a*: el Otro con mayúscula. Y, de hecho, en tanto analista, nunca analizo a un semejante. Analizo sujetos que tienen pulsiones, es decir, humanos que no se reducen a su forma especular, humanos que hablan y que se encuentran tocados –transformados, voy a decir– en su cuerpo mismo por el hecho de ser hablantes. Entonces, un sujeto, el sujeto que analizamos, no tiene semejante. Un sujeto muy fascinante a la superficie de la experiencia. Un sujeto tiene sueños que son sus sueños, no del semejante, propios. De la misma manera, actos fallidos, siempre peculiares. Odios que son los propios de cada uno. Además, un sujeto se ríe de las bromas, de los chistes. Entonces, un sujeto puede encontrar otros sujetos hablantes, pero siempre en singular, en la medida en que tiene un inconsciente singular, nunca colectivo. Creo que fuera de la perspectiva que evoco aquí, no podemos tener psicoanálisis. Podemos tener psicoterapia, pero psicoanálisis freudiano no. Al menos, son mis presupuestos cuando hablo.

Otro punto, en el psicoanálisis, es la cuestión de la relación con el otro humano, que se reduplica con otra cuestión que Freud planteó: la cuestión

2 N. de la E.: Freud, S. (1992). Introducción del narcisismo. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 14). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1914).

de lo que Freud ha llamado psicología colectiva y psicología individual, en su título de 1920. Y esta distinción entre el sujeto en tanto que uno y el sujeto en tanto que pertenece a una sociedad, a un colectivo, es algo que Lacan no dejó nunca de trabajar, de repensar a lo largo de su enseñanza. Y es una pregunta que no podemos evitar en el psicoanálisis, puesto que tratamos a los sujetos uno por uno. Entonces, primariamente, podemos pensar qué somos a nivel de lo que Freud llamaba «la psicología individual». Pero ¿qué constatamos? Es una evidencia banal. Constatamos que los individuos que recibimos no son fuera de tiempo y no son fuera de contexto. Y es por eso que Lacan habló, desde el principio –principio, para mí: cuando digo *principio*, designo el texto *Función y campo de la palabra y del lenguaje*³–, de la subjetividad de época. Hay una subjetividad propia de cada época. Imagino que quizás, veinte años después, Lacan podría haber dicho «hablantes de la época». Quizás no habría empleado la palabra *subjetividad*, que genera muchos malentendidos.

Pero, dejamos eso. Entonces, subjetividad incluida en una época específica. Y podemos observar que es raro, es bastante raro que la cuestión del enemigo sea a nivel puramente individual. Uno puede pensar que Fulano es su enemigo y tratarlo como un enemigo. Pero el problema del enemigo es más bien, desde muchos siglos, problema de colectividad. Por lo tanto, subrayo que la subjetividad –la subjetividad misma– no es del todo del hombre, es una parte. Lo que llamamos sujeto es lo que de un ser –de un individuo, puedo decir– es representado por lo que él articula, representado por lo que dice. Entonces, de ahí, la fórmula fundamental de Lacan⁴ que nunca dejo: «El significante representa al sujeto para otro significante». Un sujeto es representado vía un significante, y eso, evidentemente, no solo se distingue del semejante, pero deja de lado lo que se presenta como imagen en la experiencia. Imagen quiere decir imagen del cuerpo. Es por eso que Lacan puede decir que, en las primeras entrevistas, antes de empezar el

3 N. de la E.: Lacan, J. (2003). *Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis*. En J. Lacan, *Escritos 1*. Buenos Aires: Siglo XXI. (Trabajo original publicado en 1966).

4 N. de la E.: Lacan, J. (s. f.). *El seminario de J. Lacan, libro 12: Problemas cruciales para el psicoanálisis*. Disponible en: <https://www.bibliopsi.org/docs/lacan/15%20Seminario%2012.pdf> (Trabajo original publicado en 1964-1965).

análisis, se trata de un encuentro de los cuerpos, que acaba acá, y cuando se pone el sujeto en el diván, es un corte con la imagen.

El estatuto del sujeto, entonces, separado del registro de la imagen, depende de lo que pasa en el Otro: el Otro con mayúscula. El Otro tiene diversas definiciones en Lacan, pero groseramente es el lugar del lenguaje y del discurso que se profiere. Y el discurso mismo es a la vez el discurso común, o sea, el discurso social, de un tiempo, y el inconsciente mismo. El inconsciente como Otro, un Otro externo, *extimo*. Interno y ajeno, extranjero. Son las grandes tesis *princeps* de Lacan. Sin embargo, pueden decirme, el registro de la imagen del cuerpo, sea el cuerpo propio o el cuerpo del semejante, es una imagen que suscita afectos, pasiones, aparentemente sobre el eje del amor-odio. Vamos a decir: causa devastaciones narcisistas. Entonces debemos precisar, entender cuál es la función de este otro imaginario por el sujeto que no es imaginario. Si nos lo preguntamos, la respuesta me parece conocida desde el texto de Freud para introducir el narcisismo. La función de este otro imaginario es la de ser un objeto, un objeto que Lacan ha escrito en un primer tiempo como «imagen de *a*». Entonces, en tanto que objeto, tiene un uso. Es sutil el otro como objeto. Pero el objeto no es un enemigo, sería paradójico que fuera un enemigo. Podríamos precisar su uso, pero después.

Vuelvo al Otro, con mayúscula, el lugar del cual el sujeto depende, que tiene una definición que incluye el habla, el lenguaje y el discurso. El sujeto se encuentra constituido desde la primera demanda articulada, desde los primeros significantes de la demanda, y por este sentido el Otro es una heteronomía. El niño lo encuentra al principio de su vida y por primera vez bajo la forma de los padres y otros adultos más o menos educadores. Los padres son figuras del Otro porque hablan al niño. Le transmiten entonces la lengua, el idioma específico del lugar, su lenguaje, porque cada adulto tiene su lenguaje en la lengua que habla. Y entonces transmiten la lengua y el lenguaje con todos los efectos de estructura que la lengua y el lenguaje tienen. Cuando digo *efecto de estructura* significa siempre «es para todos»: todos, todos. Los padres entonces transmiten la lengua, su lenguaje e igualmente su discurso. Y el discurso de los padres no es para todos, es su discurso propio, ideal de la transmisión de la estructura, del lenguaje y la palabra, y del discurso propio. Lacan dice -lo digo en francés porque

hay un problema en la traducción al castellano- «*le parent traumatique*». No hay traducción en español; la mejor traducción en español sería «los padres traumáticos», y este plural quizás es propicio para no entender bien de qué se trata. La *parent*, singular, no son padre o madre, son los padres, en su función específica, que es la de transmisión de la lengua, del lenguaje y el discurso que le confiere un efecto traumatizante. Entonces el efecto traumatizante del cual Lacan habla aquí no depende de saber si son más o menos buenos padres o más o menos malos, es la función en sí misma que es traumatizante. Quizás, como yo, ustedes en su experiencia como analistas hayan escuchados sujetos que se quejan de los padres, de su relación con los padres, y que se prometen nunca ser como ellos. Saben adónde conduce esa decisión. La experiencia lo muestra de manera inexorable: y es que, no haciendo la misma cosa, obtienen el mismo resultado, y al final se encuentran enfrente del chico traumatizado que lo denuncia, que les hace reproches. Es una experiencia bastante común, puedo decir. Me parece bastante claro que no es el semejante quien es traumatizante o traumatizado, es siempre un hablante gran Otro o pequeño que recibe la palabra. Los padres son traumatizantes en tanto que portadores o que vehiculizan el discurso, y los chicos, traumatizados en tanto que tienen la marca de un discurso.

Se trata entonces de un trauma estructural no contingente, que no depende de las contingencias de la historia. Podemos preguntarnos en qué medida, por qué este Otro que vehiculiza lenguaje y discurso traumatiza. Podemos observar cuál es el elemento realmente traumatizante en eso. Podemos pensar primero el hecho de que el Otro impone sus palabras, sus significantes. ¿Cómo hacen la distinción entre la palabra, la charla y *le mot* del vocabulario? ¿Qué diferencia hay? ¿Hay alguna posibilidad de diferenciar la palabra, la charla y cuando hablamos del vocabulario?

La conversación y las palabras; el vocabulario, el léxico.

Trasmite sus palabras de su diccionario propio, su significante y el significante en sí mismo, como se dice. El significante manda. Incluso si nadie manda, cuando hay un significante, es un elemento «mandador». Y también, más allá de estas palabras, está el discurso que tienen los padres, el discurso que califica, que impone sus veredictos, que dice «tú eres», y escuchamos en el análisis «mi madre», «mi padre» o «mis padres decían

que», palabras que se quedan a lo largo de la vida. Además, el discurso exige -«tú debes»- y juzga. Todo eso, sin duda, puede ser muy doloroso para los sujetos. Sin embargo, no es lo peor. El sujeto se encuentra alienado en el discurso del Otro, pero puede separarse de eso, puede destacarse de eso, especialmente en el análisis. Lo peor es que el Otro no solo demanda, también desea, y el deseo, no lo puede decir, no lo puede formular, no lo puede explicitar. El deseo es incompatible con las palabras, dice Lacan. Se hace percibir, entender, pero no se puede formular. Y entonces el Otro desea y no sabemos qué: «X». *Troumatisme*, en francés, no se puede traducir al castellano.

Troumatisme, que tiene la idea de agujero y de exceso. Yo subrayé el trauma, pero Lacan subraya el *trou*, el agujero. No se puede decir. Hay una homofonía que permite el juego. El verdadero *troumatisme* proviene de eso, de la opacidad del querer del Otro. Entonces, para todos, en la medida en que hablan, podemos decir «los padres traumáticos», independientemente de sus cualidades específicas e independientemente de los modelos de las familias. En este sentido, es seguro que lo que llamamos sujeto es algo transindividual en sí mismo, al menos en su aparición.

Más ampliamente, como Freud lo había visto, el Otro es también el discurso social más allá de los padres mismos. Y los padres mismos dependen, son incluidos en el discurso social -podemos decir el discurso de la época-, en la realidad social de las relaciones significantes que ordenan las relaciones entre los individuos. Subrayo un poco la ambigüedad del término *discurso* porque designa, en primer lugar, una secuencia de lenguaje que se articula -lo que se dice, vamos a decir-, y se dice «un discurso de una hora», pero lo que Lacan llama discurso no es eso, lo que llama discurso son los arreglos de los lazos sociales, o sea, el orden que preside la relación entre los individuos de una sociedad, y subraya Lacan que entonces hay ya relación signifiante inscrita en la realidad y que, para el individuo que aparece en esta realidad, son *a priori*, lo preceden.

Los discursos -en ese sentido lacaniano, que permite la cohabitación de los cuerpos en una cultura- son históricos. Dependen de la historia, lo sabemos. Difieren según los lugares, las historias, las religiones. El capitalismo que ahora se encuentra en todas partes, global, intenta homogeneizar; intenta, pero hasta ahora no lo ha logrado. Y hay que decir que el ca-

pitalismo está en todo el planeta, pero en el planeta hay diversos mundos. Abu Dabi, Tel Aviv, Beirut, Kinshasa, París, San Pablo no son la misma cosa, no son el mismo mundo completamente. Y es una evidencia que las subjetividades son de época. Y entre individuos nacidos en 1870, 1914 y 2020 hay posiciones existenciales totalmente diferentes. Y las diferentes no son solo a nivel del pensamiento y las ideas, son a nivel del deseo y las pulsiones, y de las exigencias vitales.

No sé si conocen a la escritora Jean Austin, inglesa, una gran psicóloga antes de los psicólogos que nos describe las subjetividades de su tiempo y al mismo tiempo nos hace un documento de la época -su época-, y las dos dimensiones son inextricables. Y entonces la noción de subjetividad de época, tan fundamental para nosotros, objeta radicalmente la oposición que algunos han objetado al psicoanálisis. La oposición entre los grandes problemas del tiempo, económicos, políticos, filosóficos, éticos, religiosos, por un lado, y, por otro lado, lo privado, lo íntimo, lo subjetivo. Esta oposición fue utilizada como una objeción al psicoanálisis -¿saben?- en un primer tiempo; al menos, en Europa; supongo que es lo mismo en su país. Una objeción de las ideologías colectivistas. Las ideologías del siglo XX, la sociología del siglo XX le objetaba al psicoanálisis dedicarse solamente a ocuparse del individuo, pero es una falsa objeción, porque uno no va sin el otro, pero eso nos hace un problema como analistas.

Lacan habla de acercarse a la subjetividad de su época, pero evidentemente eso supone una interpretación de la época. Supone saber, como él mismo dice, saber adónde la época nos lleva. Y, para nosotros, hoy la pregunta sería saber dónde el capitalismo, subordinado a la ciencia, nos lleva. Sabemos, ya, produce la falla, el fracaso, el decaimiento de los significantes amos; ya lo sabemos, es un efecto del capitalismo. ¿Pero adónde nos lleva más allá? Y, de manera más general, la pregunta es: ¿Cuál es la función del discurso de la época sobre los sujetos que se ubican en este discurso? Lacan utiliza una expresión que me gusta mucho, no sé si la traducción funciona bien, dice «los sujetos son apalabrados al discurso», manera de decir que con su palabra propia son igualmente homogéneos a su época y vehiculizan el discurso de la época.

Recibimos ahora sujetos del capitalismo. Y se supone que, en tanto analistas -al menos si el deseo del analista se encuentra-, no operamos

como sujetos del capitalismo, sino con otro deseo. En efecto, ser sujeto –ser o estar, no sé– de un discurso implica borrar el deseo que lo anima. Cuando decimos *sujeto del capitalismo* suponemos un sujeto que comparte el deseo del capitalismo. En cada discurso, efectivamente, hay un deseo específico que lo anima. La idea presente es una tesis de Lacan, pero la idea estaba presente en Freud en otros términos. Cuando Freud dice, en *Psicología de las masas y análisis del yo*⁵: la psicología de las masas estudia el hombre independientemente de sus objetos libidinales propios, lo estudia en tanto que parte de un agregado humano que se organiza en masa por un tiempo dado y por un objetivo determinado. Para compartir un objetivo, una forma de deseo. Entonces, podemos decir, como Lacan lo dice –explícitamente, además–: el deseo del Otro no existe solo en el psicoanálisis; en cada discurso hay un deseo específico, y los apalabrados lo comparten.

Ahora, la fabricación de un colectivo que apunta a la unificación no logra una unificación completa nunca, pero apunta a unificar a todos en un mismo deseo, es a la vez una fabricación del enemigo. Freud lo ha visto, incluso lo subraya a propósito de los cristianos y Cristo: son unificados en Cristo... Era una manera de decir, en otros términos, que un discurso, en tanto ordenamiento de los goces diversos, entra necesariamente en lucha con los órdenes diferentes, lucha para apropiarse, cuando se trata de los discursos, de la política; lucha para apropiarse de las fuentes, opresión de los diferentes si son minoritarios. La lucha por la apropiación y opresión de la minoridad son eternos fenómenos del mundo humano, no hay excepción en la historia, incluso antes del capitalismo. Y Lacan lo ha dicho con una sentencia laconica: «racismo de los discursos en ejercicio», los discursos que fabrican razas, no de color –el color es, justamente, el pretexto–: razas en la manera de vivir, para decirlo sencillamente, y nosotros compensamos diciendo «razas en las modalidades de goce». La historia de estas luchas se repite a lo largo de los siglos, y se repiten también el anhelo infantil de «nunca más» eso. Las atrocidades se repiten, y después se dice «nunca más»...

5 N. de la E.: Freud, S. (1986). *Psicología de las masas y análisis del yo*. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 18). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1921).

El siglo XXI tiene una peculiaridad. Ha desarrollado, soñar el siglo XXI, cambiar la inexorable y ancestral repetición histórica de la fabricación de los grupos enemigos. El sueño nazi es un sueño de erradicación de todo lo que no es ario. Sería un mundo ideal, un sueño loco, pero era un sueño para cambiar la inexorable repetición de las luchas y de los grupos enemigos. Por otro lado, el comunismo, otro sueño -quizás más simpático, me parece-, no es la erradicación del enemigo, sino que es el sueño de la justicia distributiva. El hombre nuevo, la fabricación del hombre nuevo, que no se ubicaría más en la injusticia. Sabemos las atrocidades que resultaron... Ahora no podemos -me parece-, con un poco de reflexión, atribuir al capitalismo fenómenos de siglos que estuvieron presentes antes del capitalismo. El capitalismo además ha conocido una evolución entre siglos, más o menos. Por eso, hay una pregunta: ¿Qué es en sí mismo el capitalismo? (A pesar de la diferencia entre lo que fue en principio, en tiempos de Marx, y de lo que se ha vuelto ahora).

Lacan intentó contestar la pregunta cuando escribió una pequeña estructura para indicar la escritura del discurso del capitalismo. La escribió en Italia, para indicar, finalmente, que la única cosa a la cual apunta el deseo que anima el capitalismo son los «más de goce» que se producen en el capitalismo -los «más de goce», que son, al final, en los apalabrados al capitalismo, los únicos partenaires de los apalabrados al capitalismo-. Entonces, apuntaba a los «más de goce»; es la lógica de «producción con consumo» que conocemos bien. No es el deseo en el discurso del amo clásico; había, por supuesto, «más de goce» en el discurso del amo clásico, pero el deseo en el discurso del amo clásico apuntaba a otra cosa: hacer caminar hacia el mismo paso todo sujeto, hacia los mismos objetivos, que todos compartieran la misma concepción, las costumbres, cultura, religión. Entonces, en el discurso del amo, el hombre era un hombre que -no sé si se dice así en español- odia lo que se llama la anarquía. Y es cierto que este discurso incluía una violencia efectiva sobre los individuos. La violencia es de siempre una violencia efectiva.

Nos podemos preguntar si esta violencia era de una naturaleza traumática, puesto que hablé de los padres traumáticos, y mi respuesta es *no*. No, es lo contrario. El Otro del discurso es siempre una máquina antitrauma. Puede ser violento, feroz, pero sus mandamientos tapan el agujero

traumatizante del Otro. O sea, el punto donde no se sabe lo que el Otro quiere. Con el discurso sabemos lo que el discurso quiere, lo dice, incluso lo impone: a todos. Entonces, es una violencia, pero no es una violencia traumática, que evoque a los padres traumáticos. Con los discursos establecidos sabemos lo que quieren. Se necesita un poco de interpretación, pero no es tan difícil, pues todos los discursos son solidarios de la policía. Si se interrogan sobre lo que quiere el discurso de un tiempo en un lugar, hay que mirar a su policía, a su policía y también a su jurisdicción, Lo que condena y lo que no condena.

El discurso capitalista es indiferente al orden social. Es indiferente a todo, excepto el provecho *in extenso*, que es su único valor, la «más valía», como ha dicho Freud. Y, por eso, cada uno, en la máquina capitalista, en tanto que pertenece a la máquina capitalista, se reduce a lo que es en el aparato de producción y conservación. Las clases sociales, según Marx, no existen más en la misma forma. No hay dos cuerpos ahí. Como en los tiempos de Freud, el binarismo ha conocido una evolución. La voz del capitalismo dice siempre la misma cosa: empuja en el aprovechamiento, pero se edita de otra manera, y de manera más desordenada actualmente que en el momento en el cual Marx estudió el capitalismo de su tiempo. Ahora, en el momento actual, la producción-consumo se encuentra bajo una paradoja, y es que las formas consumibles del «más de goce» satisfacen poco, y poco tiempo. Y, entonces, a la vez el consumo entretiene el sentimiento de «no sentido» y de la falta de goce. Lacan lo ha dicho así, compartimos la «sed de la falta de goce», en tanto que incluidos en el capitalismo. Y es tanto así que los *gadgets* son producidos como *Jetaible*⁶. De ahí el imperativo de producir algo siempre nuevo, y después del primer iPhone, vendrá el 5, 7, 9 11, y es algo loco, una producción-consumo que se mantiene en curso. Todo eso son banalidades, pero ¿cuáles son los efectos sobre los apalabrados? Es eso lo que nos concierne. No sé si en Montevideo, pero en París escucho mucho que dicen «pero los sujetos actualmente se vuelven inanalizables». Y, además, no solo hay capitalismo, hay una explosión de los nuevos medios de comunicación, la red electrónica, «bestia negra»

6 N. de la E.: Que se puede tirar, desechables, descartables.

para muchos analistas. Habría que estudiar de manera fina, exhaustiva, las características de los apalabrados por el discurso capitalista, no solo para denunciar. Me parece que hay un cambio a nivel de lo que sostienen los narcisismos. Los narcisismos también vienen de siglos, no son efectos del capitalismo, pero lo que permite sostener las exigencias narcisistas en el capitalismo cambia. Por ejemplo, ahora, cada uno se piensa y se estima, se evalúa a sí mismo en función de su sitio en el aparato de producción, que se vuelve esencial en la identidad social -opresión y ubicación sobre lo social-, y no fue siempre así en la sociedad de los nobles, el Medioevo, y antes del capitalismo era totalmente diferente. Incluso, al principio del capitalismo, la feroz dictadura de los «más de goce» era menos fuerte. Al comienzo del capitalismo, el pueblo, la gente común, la gente modesta, debajo del «escabel» social... tenía una abuela que decía «nosotros, los pequeños», y no se quejaba, estaba muy bien en su sitio. En esta época, el pueblo de los «pequeños», los individuos se distinguían aun con los semblantes, y no solo con los «más de goce». Semblantes de la religión, con los valores de la familia. Ahora, actualmente, si uno se encuentra fracasando en la competición, si alguien se encuentra desempleado o pobre-pobre, no productor, incluso si recibe una ayuda del biopoder, ese sujeto se deprime. Se percibe como de menos valor, incluso sin dignidad, siente vergüenza. Se habla mucho actualmente en Francia de la vergüenza de la gente con dificultades sociales. Es claro que el único valor que queda aquí es el dinero, que el capital del «más de goce» trae como significante amo el dinero, y es un contraste impactante con los nobles, para los que era una vergüenza trabajar, hacer un esfuerzo para ganarse el pan era una vergüenza.

Tenemos un rasgo que cambia en los sujetos actuales. ¿A partir de qué se evalúan? No se evalúan más a partir de los grandes valores culturales, se evalúan primariamente a partir de su psique del mundo producción-consumo. Además, ahora sabemos lo que Freud no sabía: sabemos hoy, contrariamente a lo que pensaba Marx, que el trabajador no trabaja solamente para renovar su fuerza de trabajo, trabaja para consumir, porque si no consume, el mercado no funciona. Entonces, los *gadgets* «*plus du jouir*» se vuelven insignias sociales de pertenencia al colectivo. Y el que no puede comprar se queja, protesta, se deprime, incluso puede estar en contra de la desigualdad de la fortuna. Me impacta que los niños de las

familias pobres, pobres, no sé cómo hacen, pero tienen el teléfono celular, y los padres tienen el sentimiento de que deben dar eso al chico, si no, se va a encontrar desvalorizado en la escuela. Hay un montón de pequeños hechos que indican que la autoevaluación, la autoestima se reacomoda en el capitalismo, y además el resultado es que la emulación, la competición funciona ahora como un valor. Un luchador que gana a este nivel tiene un enemigo, cada uno tiene su enemigo. Incluso los amigos son potenciales enemigos. Traición al semejante, escuchamos eso cada día. Hay un cambio en las formas de la ambición. La ambición viene de siglos, pero hay un cambio en las formas de la ambición, y los psicoanalistas deben tenerlo en cuenta cuando reciben estos sujetos. No denunciar las formas de ambición actual –podrían tener un poco de empatía, incluso, puesto porque los analistas también son sujetos del capitalismo–: aquí sería útil mirar desde el punto de vista del estilo de vida de los analistas; veremos que ellos también son sujetos del capitalismo, con un límite que es un supuesto que han logrado con su análisis, es decir, producir una pequeña metamorfosis y un deseo otro que Lacan llamó «deseo del analista». Entonces, digo que los analistas deberían tener más empatía con los sujetos del capitalismo. Quizás no es el caso de ustedes, pero lo digo en función del lugar donde vivo y lo que escucho en mi lugar de parte de los analistas, y evidentemente no es a ninguna empatía, sino denuncia y queja a lo que recurren. Además, con o sin empatía, el analista no debe olvidar que él mismo trabaja con el «más de goce». Eso es lo principal. Trabaja con el «más de goce», puesto que el análisis –y cito a Lacan aquí– somete al sujeto a la cuestión del «más de goce», lo que permite eventualmente al analizante percibir que quizás hay otros «más de goces» que los productos del mercado, otros «más de goce» más singulares que los del capitalismo que los ahoga.

Espero haber logrado indicar que el enemigo –cuando hay un enemigo, puesto que la noción es más compleja que lo que parece– se fabrica no entre los semejantes, se fabrica entre los hablantes animados por la glotonería pulsional, que no se confunde con la agresividad respecto del semejante, y nunca entre los semejantes en sí mismos se produce un enemigo. Entre los sujetos con su glotonería pulsional y narcisista, sí. ♦